

Sus alas en mi pecho ya un ángel ha plegado:
 Amóme, que en el huérfano ella un hermano ve:
 Las horas y los días son breves á su lado;
 ¡Cuán leve el fardo ha sido, cuán dulce el yugo fué!

Al puerto condujiste, Señor, mi vela errante,
 Mi vara ha florecido con místico verdor:
 ¡Gran Dios! por Ti se anima mi lámpara expirante
 Y al soplo de tus labios revive su esplendor.

Junio de 1858.

LAS DOS ISLAS

(Traducido de Victor Hugo.)

I

Dos islas hay misteriosas
 Y en la historia memorables;
 Las separa un mundo entero
 En la extensión de los mares
 Y ellas dominan las ondas
 Cual cabezas de gigantes.
 Al contemplarlas se entiende
 Que Dios á luz las sacase,
 Del abismo en que yacieran,
 Para designios fatales,
 Y que el piélago de espumas
 Airado sus costas bañe
 Y el rayo hiera sus frentes
 Y rujan allí volcanes.

Circundadas de arrecifes
 Que rompen el oleaje,
 Son dos navíos de guerra
 Que en eterna quietud yacen,

Encadenados por anclas
 Que á levar no alcanza nadie.
 La mano que de sus tierras
 Hizo los tristes parajes
 Quiso de espantos cubrirlos
 Para que al mundo enseñasen
 Que el nacimiento sería
 En una, de Bonaparte,
 Y en otra la triste muerte
 De Napoleón el Grande.

Allí la cuna... el sepulcro
 Más alla. ¿No son bastantes
 Para la historia esas peñas,
 Monumentos inmortales?
 Pasarán generaciones
 Y los pueblos á millares
 Sin que esas rocas se pierdan
 Sin que su memoria pase.
 Los rayos que las fulminan
 En continuas tempestades
 De ese hombre la voz imitan
 Que retumba en las edades.

Bien lejos de nuestra costa,
 Donde nadie ha de olvidarle,
 En esas remotas islas
 Nació y expiró el gigante,
 Para que su nacimiento,
 En sacudidas mortales
 No resistiese la tierra,
 Pereciendo las ciudades,

Y que la muerte pudiese
 Sin cataclismos llevarle
 Y en su lecho de soldado
 Tranquilamente expirase.

II

¡Cuán soñador mostrábase en sus tempranos días!
 Cuán pensativo y triste en sus postreros años!
 Es que despierto hallóse de su insensato sueño,
 Del trono y de la gloria la nulidad palpando;
 Miró de cerca un día sus vanas ilusiones
 Al disiparse el humo de un porvenir soñado (1).

De niño con visiones, en Córcega, su cuna,
 Mil veces figurábase trono y cetro dorados,
 Corona y manto y águilas de universal imperio,
 Y en sus soberbios trances oía de antemano
 El himno que en cien lenguas para ensalzar su nombre,
 Cantábanle los pueblos vencidos y humillados.

III

ACLAMACIÓN

Gloria al sin par guerrero, su gloria es la suprema;
 Dios en su frente fúlgida coloca la diadema,
 Del Boristena al Nilo paséase triunfante,
 Los reyes más altivos se inclinan á su paso
 Y en Roma sólo halló lugar escaso
 Para el futuro trono de un infante.

(1) *d'un avenir passé*, dice el original. — Nota del Autor.

Por devorar ansiosas ciudades aterradas,
 Sus águilas mantienen las alas desplegadas.
 El manda hasta en el Cónclave ó impera en el Diván,
 Mezclando sus banderas con togas y con clámides,
 Con trofeos que arranca en las Pirámides
 Y la dorada cruz del Gran Iván.

El abronzado turco, el godo en su pujanza,
 El polonés vibrando flamígera su lanza,
 El brazo mueven ciegos para sus ambiciones.
 Son leyes sus caprichos y fe su omnipotencia,
 Como un solo hombre marcha, no hallando resistencia,
 Su ejército de pueblos y naciones.

De orgullo haciendo alarde, con poderosa mano,
 Por premio de un satélite da un cetro soberano.
 Los reyes se disputan su gracia y sus mercedes
 Y al expirar el día lo velan compungidos,
 Para que duerma en paz con sus vencidos
 Igual á un pescador sobre sus redes.

Tan alto se halla el nido de esa águila altanera
 Que ya habitar parece la superior esfera
 Donde jamás llegaron tormentos á estallar.
 Sólo á sus plantas oye la tempestad rugiente,
 ¡Y era preciso para herir su frente
 Que el rayo se pudiese remontar!

IV

¡Y remontóse el rayo! De la soberbia cima
 Cayó entre polvo y humo y escombros mil encima:
 Los reyes se vengaron del tirano
 Y vivo lo expusieron en solitaria roca,
 Donde al gigante preso la Tierra al fin coloca
 Bajo la guarda fiel del Oceano.

¡Ay! ¡Cómo en Santa Elena vió con desdén la vida
 Mirando en lontananza, con alma dolorida,
 Tras de las olas ocultarse el sol,
 Cuando en la playa errante, perdiáse en la arena
 Hasta que un carcelero, sin comprender su pena,
 De nuevo lo llevaba á la prisión!

¡Ay! y con qué tristeza sabía el gran guerrero
 Que lo acusaban cuantos, rendidos á su acero,
 Deificaron su brazo triunfador!
 La liga de los pueblos, con cólera implacable,
 El fallo confirmaba secreto, inexorable,
 Que él leía en su propio corazón.

V

IMPRECACIÓN

¡Vergüenza, oprobio, muerte, venganza y anatema!
 La tierra, al cielo unida, ya el escarmiento extrema
 Y vemos al coloso tendido á nuestros pies.
 ¡Sobre él ó sus cenizas recaigan inflamados
 Los Mantos por su causa derramados,
 La sangre que él tan sólo hizo correr!

¡Que al pronunciar su nombre, del Tíber y del Sena,
Del Volga y de la Alhambra y el foso de Vincena,
Del Krémlin y de Jafa, quemados y desiertos,
De los sangrientos campos, teatros de su gloria,
Se eleve como un eco de su infernal victoria,
La maldición terrible de los muertos!

¡Que mire en torno suyo sus víctimas airadas
Y un pueblo de difuntos lo insulte á carcajadas,
Llamándolo insolentes á compartir su pena!
Mostrando sus heridas, con hierro mutilados
Sus huesos sacudiendo, de pólvora manchados,
En Josafat le cambien su encierro en Santa Elena!

¡Y viva, sí, que viva muriendo lentamente
Y el vencedor altivo baje al llorar la frente!
Su gloria escarneciendo y en burla de sus leyes,
Sus cómitres cargaron con vil cadena helada
La mano que él tenía acostumbrada
A humillar la cabeza de los reyes.

Crejó que con su sable, de hazañas tan fecundo,
Borraba la memoria del pueblo rey del mundo:
En tanto Dios de un soplo mató la negra luz,
Y no ha dejado al émulo de la potente Roma
Sino el lugar preciso que al cabo el hombre toma
Para esconder en tierra su ataúd.

El mar verá su tumba con nombre al fin dudoso;
En vano en San Dionisio se preparó orgulloso
Marmóreo monumento con oro refulgente;

El cielo no ha querido que, si los manes regios
Sus tumbas visitaban, soñando en privilegios,
Hallasen un extraño cadáver insolente (1).

VI

¡Qué amarga es una copa si ya quedó vacía!
Recuerdos sólo deja de efimera alegría.
La juventud de ensueños puede nutrir su mente;
Mas llega un tiempo crítico y el ánimo oprimida
Contempla descarnada nuestra vida
Desde un rincón oscuro del Poniente

¡Así, cuando pasares al pie de erguido monte,
Admirarás su bulto que opaca el horizonte,
Sus rocas en que el tiempo ni labra ni hace mella,
Sus mantos de verdura, sus húmedos boscajes
Y la rica diadema de celajes
Con que adorna su cúspide tan bella!

Si entonces á la cima con entusiasmo subes,
Pensando hallar un cielo, te pierdes en las nubes!
El monte luego cambia sus prados y sus frondas,
Es un abismo lóbrego con árboles sombríos
Y en el fondo los rayos y los ríos
Sus relámpagos cruzan y sus ondas.

(1) Víctor Hugo escribió esto en una época en que era legitimista y aun no se trasladaban á París los restos de Napoleón I, que descansan hoy en los Inválidos.—Nota del Autor.

VII

¡ Viva imagen de la Gloria
 Tras un prisma deslumbrante,
 Se vió en espejo expiatorio
 La púrpura vuelta sangre!
 Potente ó esclavizada,
 En diferentes edades,
 Su vida requiere doble
 Historia, dobles anales:
 Joven, conquistó laureles,
 Viejo, lloró sus pesares.

En Córcega y Santa Elena,
 Si en invierno un navegante
 Ve sobre negros peñascos
 Las nubes amontonarse,
 Sobre ellas mira la sombra
 Del guerrero incomparable,
 De pie, los brazos cruzados,
 Volviendo al mundo á gozarse
 Y reinar en la tormenta
 Como reinó en los combates.

VIII

Perdió su vasto imperio, dos patrias ostentando
 Por su recuerdo ilustres, gozosas ó llorando
 En diferentes mares con estupor profundo.
 Jamás en nuestro siglo, repleto de su nombre,
 Podremos mencionarlo sin que al instante asombre
 Un eco en ambos polos de este mundo.

Tal una bomba ardiente, mortífera, incendiaria,
 Describe en negro cielo su curva temeraria,
 De espanto paraliza la débil población,
 Y como buitre calvo, de garra ensangrentada,
 Que atrapa al abatirse la presa desdichada,
 Cae, y difunde en torno la muerte y el pavor.

Por largo tiempo humea la boca del mortero,
 De donde el globo horrible, con ímpetu certero,
 Atronador lanzóse y al lejos fué zumbando.
 Exhala también humo la tierra en que por miles
 Al reventar la bomba dispara proyectiles
 Y muere, el exterminio funesta vomitando.

NAPOLEON HABLA EN SANTA ELENA

(Traducción libre.)

Contempla ¡oh mar!, por último, vencido
Al que humilló, en la tierra consternada,
Los más excelsos tronos, la manada
De reyes sin valor dando al olvido.

Mi cetro no fué el dón inmerecido
De esa *gracia de Dios* tan decantada;
Que á mi invencible ejército, á mi espada,
Terror del Universo, fué debido.

La Libertad vencióme, no el germano,
Ni el Zar, ni Albión con sus repletas arcas,
Ni los rayos que forja el Vaticano.

Y grande soy aún: en cuanto abarcas
Mi cárcel eres tú, bello Oceano,
Mis centinelas todos los Monarcas.

IN EXCELSIS

(De Leconte de Lisle.)

Como el excelso cóndor que se remonta al cielo,
Hombre atrevido, sube por ese azur fulgente
Y olvida las miserias que oprimen este suelo.

Sube; el celeste abismo con vuelo prepotente
Cruza, y las olas de éter que el sol con luz flagela;
Su globo va perdiéndose en bruma transparente.

Sube; la llama ocúltase, en el espacio hiela,
Crepúsculo sombrío llena la inmensidad:
Sigue subiendo rápido y por el éter vuela,

Hundiéndose en profunda, sublime oscuridad...
¿Qué sientes si no el vértigo de la infinita altura,
Silencio inenarrable, negrura y ceguedad?...

¡Oh espíritu! aproxímate á aquella lumbre pura,
Murieron ya las otras envueltas en sudario;
Sube á la fuente que arde y ardiendo siempre dura.

De sueño en sueño aléjate del mundo; temerario,
 Ascende por la cuesta de interminable vía,
 Pisando ocultos dioses en lóbrego santuario.

La inteligencia acaba y empieza la agonía,
 Desprecio de sí mismo, sombra y olvido inerte;
 Renuncian á su orgullo razón y fantasía...
 ¡Oh luz! si aquí no te hallo, ¿te encontraré en la muerte?

EL SONETO

(Traducido de Soularý.)

“No quepo allí, no quepo—gritar oí al instante—,
 Me viene ese vestido cual lecho de Procusto”,
 E hinchando el albo seno, movió el cuerpo robusto
 Y dió de mala gana su brazo lujuriente.

Mas yo que en sus caprichos sigo mi humor constante
 En el corpiño estrecho su lindo talle ajusto,
 Logrando se acomoden hombros y cuello y busto,
 Por más que en tal empeño resulte algo tirante.

Con arte entre la ropa sus formas ya dibujo
 Que muéstranse, oprimidas, quizá con mayor lujo.
 ¡Miradla en ese traje que su beldad acusa!

¿No veis en ella un garbo que la opresión no altera?
 En su alma nada hay menos, nada hay de más por fuera.
 Me gusta así mi amada, me encanta así la Musa.

LA CRISTIANA Y EL LEON

(De Catulle Mendes.)

Como era Edith cristiana, y firme resistía
 Dar culto á falsos dioses en quienes no creía,
 Su fe en Jesús probando con prácticas sinceras,
 Manda el Pretor que al punto la arrojen á las fieras,
 Y siendo hermosa joven que se ruborizaba
 Si un juez con ojo impuro la vista le fijaba,
 La bárbara sentencia con impureza ruda,
 Previene que al suplicio la han de llevar desnuda.

Al circo así penetra, cubriendo el albo seno
 Con ambas manos. Súbito león, de rabia lleno,
 Hambriento se aproxima su presa olfateando:
 El pueblo el espectáculo terrífico y nefando
 Contempla con deleite, con fruición oyendo
 Rugir la bestia uraña y enardecido viendo
 Que su áspera melena por su color rojizo
 Contrasta con la forma de blanco y puro hechizo
 De la inocente víctima, que impávida la espera.
 Mas el león soberbio, cual si la conociera,
 Detiénese al instante, con estupor la mira,
 Recuéstase á sus plantas y al bostezar estira
 La garra enorme; quieto, sin ímpetus ni enojos,
 Mirándola desnuda, cierra el león los ojos.

LA BENDICION

*(De François Coppée.)**(Traducción abreviada.)*

Mil ochocientos nueve fué el año en que tomamos
 A Zaragoza; horribles escenas presenciamos.
 Ya la ciudad rendida, se puso inútil cerco
 A varias casas donde, con patriotismo terco,
 Lanzaba el pueblo airado, del techo y las ventanas,
 Mil tiros, que nos dicen ser obras de sotanas.
 Así, cuando una de ellas al lejos descubríamos
 Con indecible gusto sobre ella fuego hacíamos
 Buscando para herirlo, más que á ningún soldado,
 Manteo negro, enorme sombrero acanalado.
 Mi rango era sargento; mi cuerpo, cazadores;
 Yo al avanzar veía siniestros resplandores;
 Mi batallón marchaba por una calle estrecha
 Mirando los tejados á izquierda y á derecha;
 De donde nos llovían á cientos y aun á miles
 Las balas y otras veces extraños proyectiles
 Lanzados entre gritos agudos de mujeres
 Que, unidas á los hombres, cual otros Luciferes,

Pretenden acabarnos con endiablada furia
Sin omitir ni un medio ni perdonar injuria.
Cruzábamos las calles como por un desierto
No hallando ni un viviente y, en cambio, más de un muerto.

Si alguno de nosotros penetra á una accesoria,
De allí no sale, muere sin éxito ni gloria,
O vuelve ensangrentado y en el sombrío muro
Señal con sangre pinta, queriendo estar seguro
De hallar su rumbo luego. Sin cajas ni trompetas
Marchamos silenciosos calando bayonetas
Por miedo á la emboscada. Ya hasta los veteranos
Allá en sus corazones, que al cabo son humanos,
Vivo terror sentían lo mismo que el recluta.

De pronto, al ir siguiendo nuestra obligada ruta,
En nuestra lengua oímos *¡á l'aide!* á un lado;
Volamos al paraje, donde hemos encontrado
Pidiéndonos ayuda toda una compañía
De bravos granaderos que desbandada huía
De veinte fieros monjes que allí los acosaban
Y grandes crucifijos sobre ellos descargaban,
Echándolos del atrio de un lúgubre convento.
Feroces disparamos las armas al momento
Hasta acabar con todos los frailes aguerridos,
Sin olvidar ninguno ni perdonar heridos.

Después que cometieron tales asesinatos
Las tropas, anhelantes de torpes desacatos,
Al templo se dirigen; la entrada estaba abierta,
Con pasos presurosos llegamos á la puerta,
De donde se veían las bóvedas oscuras
Y allá en el fondo un viejo con sacras vestiduras,

Un monje imperturbable que misa está diciendo,
Cual si no oyera nada de aquel combate horrendo,
Ni él ni el grupo humilde de fieles de rodillas
Que siguen atendiéndola con fe y almas sencillas.
En el recinto lóbrego del templo frío, inmenso,
Brillan algunos cirios, transciende olor de incienso.

Yo entonces era un mozo dado á la vida airada,
Impío, sin creencias y sin respeto á nada.
Robando en las iglesias, con fatuidad erguíame
Y, por mostrarme fuerte de espíritu, servíame
Para encender mi pipa de un cirio del altar:
Yo hería con palabras á fuerza de jurar,
Pasando á las blasfemias en mi delirio ciego.

De pronto en nuestras filas el jefe grita: "¡Fuego!"
Mas no movióse nadie y al punto el oficiante,
Que oyó la voz, sin duda, volviéosenos delante
Para enseñar tranquilo su santo Sacramento.
Llegaba el tiempo entonces, litúrgico momento,
En que á su pueblo mira, solemne lo bendice
Y *Benedicat Deus omnipotens*, le dice.
"¡Fuego!", repite el jefe, de rabia haciendo alarde.
Al fin hubo un imbécil, llamésmolo un cobarde,
Que apunta al monje y tira. Palideció el anciano
Y, cual si hiciera al vernos esfuerzo sobrehumano,
Permaneciendo inmóvil y alzando á Dios los ojos,
Pater et Filius, dijo, sereno y sin enojos.
No sé qué Furia entonces al venerable preste
Hizo por vez segunda que un tiro se le aseste.
Con una mano el fraile se apoya en la ara santa,
Con otra bendiciéndonos; ya trémulo levanta

La gran custodia de oro con ella haciendo el signo
 Que paz y amor anuncia del Salvador benigno.
 Cayó en seguida al suelo, cerrando su plegaria
 Con *Et Spiritus Sanctus*. La tropa temeraria,
 Que vió morir al fraile y oyó su triste acento,
 Tembló al instante presa de un hondo sentimiento,
 Y cuando, al consumarse tan vil asesinato,
 Quedamos como estatuas allí por breve rato,
 De nuestro horror sin límites en claro testimonio
 "¡Amén!", gritó un recluta con risa de demonio.

LA VIDA DE LOS MUERTOS (1)

(Traducción libre de Heredia.)

Cuando la cruz sombría marque la tierra helada
 Donde el destino á entrambos al polvo nos condena,
 Saldrá de tu albo cuerpo la cándida azucena
 Y de mi carne lívida la rosa ensangrentada;

Y la divina Muerte, por ti tan ensalzada,
 Con vuelo misterioso que ni se ve ni suena,
 Abriendo irá en los cielos, entre la luz serena,
 La ruta que sigamos en la final jornada.

Al sol llegando alegres, en su viviente fuego,
 Espíritus dichosos, nos bañaremos luego,
 Que allí no se consumen esencias eternas;

Y junto á vates émulos, ya para siempre amigos,
 De nuestra inmensa dicha tendremos por testigos
 Mil sombras que sus liras hicieron inmortales.

(1) Tal vez no deban llamarse en español soneto estos catorce versos alejandrinos, que imitan en la forma los del poeta francés Heredia. Hubo, sin embargo, en España algún ejemplo de esto en el siglo xvi.—*Nota del Autor.*

EL EXTRANJERO

(De Sully Prudhomme.)

Yo á veces me pregunto: "¿De dónde habrás venido?
 Tu corazón no encuentra nada satisfactorio
 Y el goce que tú alcanzas es rápido, ilusorio:
 ¿Por qué llegaste al mundo con fin desconocido?"

¿Qué Edén por tu desgracia será el que tú has perdido?
 ¿Prestaste en otra vida servicio meritorio,
 O un crimen cometiste y en tránsito expiatorio
 Cruzando vas la tierra confuso y aturdido?"

A mi recuerdo vago de un esplendente cielo
 Buscándole su origen, me afo y me desvelo.
 Pues no hallo que provenga de la miseria de hombre;

Y atónito yo mismo del ansia que me oprime,
 A un extranjero escucho que en mis entrañas gime
 Sin revelar su patria ni descubrir su nombre.

FIN DE NUESTRAS PENAS

(De Pimodán.)

Venid, venid, enfermos; venid, desheredados;
 ¡Oh débiles criaturas sin fe ni resistencia!
 Mendigos, vagamundos, espíritus cansados
 Vencidos en la lucha fatal de la existencia;
 Venid, del pobre vate movéis la simpatía;
 No despreciéis mis voces y no burléis mi empeño,
 Que la verdad os digo: "Tras de la noche el día,
 Tras de la pena el goce: no es ilusión ni sueño,
 Mentira no es piadosa: que allá en celeste altura
 La aurora es más espléndida y eterna nuestra vida.
 Apenas rompe el alma del túmulo los velos,
 Subiendo va entre nubes, del cuerpo desprendida,
 Hasta llegar en éxtasis á los hermosos cielos
 De paz y de ventura. Entonces / desgraciados,
 Encontraréis la dicha que en ciego desvarío
 Buscabas tú, poeta, en ósculos soñados,
 ¡Oh mártir de ideales! ¡tú, pensador sombrío,
 Con fútiles sofismas y cálculos oscuros;
 Tú, virgen que encerrada tras renegridos muros,

Desdeñas las caricias del hombre y te enamoras
 De tu invisible Esposo; soldado que la muerte
 Buscas en el combate, y tú, que á todas horas
 Teniéndolos por locos, te burlas de su suerte
 Porque se mortifican sin encontrar provecho,
 Filósofo atrevido que juzgas sin derecho;
 Desventurados locos que conserváis un tanto
 De elevación en tiempos en que sufrís horrores
 De un siglo de avaricia rebelde á lo que es santo,
 ¡Vencidos de este mundo, seréis los vencedores!

ÍNDICE

	Págs.
A GUIA DE PROEMIO.....	7
Poca ambición.....	11
Tormenta y calma.....	13
Despedida.....	15
¿A quién?.....	17
A unos ojos.....	18
A una joven en la muerte de su novio.....	19
En un cumpleaños.....	23
Sólo á ti.....	28
El alma de una madre.....	32
Para los funerales del Sr. D. Luis Martínez de Castro, muerto en la acción de Churubusco.....	37
A Tamberlick.....	42
Descanso y vida.....	44
Para un álbum.....	47
En la muerte de un buen Sacerdote (Fr. Manuel Pinzón). ..	49
En la muerte de la Srta. Soledad Gómez Soto.....	53
Episodio de la vida de Juárez.....	58
Un sueño.....	65
Caridad.....	68

SONETOS

A ***.....	73
A ella.....	74
A ***.....	75